

EL PÉNDULO DE FOUCAULT

Hace muchos años alguien en la facultad me habló de un libro de Umberto Eco que le había causado una honda impresión... de vacío. Dijo algo así como: «He recorrido, durante las cien páginas que he soportado de su lectura, muchas emociones: del cero, al uno». O algo así, ya sabemos que la memoria extrae sus conclusiones desde la fragmentación (y ahora la neurología habla de que los recuerdos surgen de distintas zonas relacionadas con lo sensorial) y casi siempre crea espectros que nos parecen reales. Vamos, que me lo estoy inventando.

Cuando me encontré en la librería en ese espacio de nadie en el que lo mismo te capta un libro de Magda Szabor como otro de Dicky Feynman y sus fullerenos, vi el lomo de este libro de Umberto Eco en la magnífica edición (salvo por el encuadernado) que presenta DeBolsillo. Y me vinieron a la mente las críticas poco consistentes. Ahora veo que nunca le estaré lo suficientemente agradecido por haber accedido a él gracias a su desencanto.

De Umberto Eco todos conocemos *El nombre de la rosa*, un sentido homenaje a *sir* Arthur Conan Doyle creado desde la ironía intertextual con la obra del inglés y del Dante Alighieri que Eco siempre reconoció en sus libros de ensayo literario y filosófico. Aquí Watson no es un mero espejo que refleja las asombrosas cualidades de Holmes y un simple punto de apoyo para el narrador: Azzo se impregna de la sabiduría del maestro, y en el momento más determinante del libro se ve obligado a razonar como fray Guillermo de Baskerville. Un grandioso mensaje de empatía intelectual que Conan Doyle no utilizó hasta el momento en que decidió matar (aunque por poco tiempo) a Holmes en aquella catarata en la que se zurraba la badana con Moryarti. No le quedaba otra, porque Watson se había quedado solo: pero el personaje plano se convierte por unos instantes bellísimos en un personaje dimensionado.

El cementerio de Praga parece un libro de una calidad cuestionable; por más que se intuya una sutil provocación cercana al asunto de Wikileaks que todos conocemos, la habitual confusión entre mixtificación y realidad, entre arte y facsímil, entre plagio e ironía intertextual con los que Eco juega en toda su novelística, como lo hacen Borges y Cortázar, aparece con una luz mortecina y algo mecánica de hacedor de *best seller* que se diluye en un desesperado chillido de reclamo al lector.

Exactamente lo contrario ocurre con *Baudolino*, quizá su mejor libro, donde los estallidos de creatividad umbertina son centellas que deslumbran el entendimiento más forjado. El delicioso juego propuesto al lector no escatima lenguas inventadas ya en la primera página del libro, anécdotas que mezclan lo real con la fantasía y que acaban tomando el mando de la cristiandad y elevando a un grupo de pícaros al sitio de un Federico Barbarroja conquistado por el arte y las artes de un artista de la *poiesis*.

En *El péndulo de Foucault* ya se desprende en su inicio un delicado tufo a imprecaciones contra el lector impaciente, que va buscando una respuesta o identificarse con algo de lo que lee o que cree que esto debe ser algo serio.

Por momentos se asoman burlones Borges, Lovecraft, Derleth y Joyce, narrando como si el mismo Eco se hubiera difuminado entre sus párrafos; pero él no se ha ido, es más, sabe muy bien lo que está haciendo, y el pavor que debe sentir este hombre a tomarse en serio a sí mismo se convierte en un frontón insalvable para el que lee creyendo que el autor está escribiendo para él.

¿Qué es el péndulo famoso? El físico francés Léon Foucault quería demostrar que la tierra giraba sobre sí misma. En el marco de una experiencia que devino célebre en 1851 ató un péndulo a la bóveda del edificio del Panteón de París. El péndulo tuvo un comportamiento reseñable: el plano en el que se balanceaba llamado «oscilación» pivotaba en torno al eje vertical pasadas unas horas. Oscilando en la dirección norte-sur al principio, se desplazaba en la dirección este-oeste pasadas unas horas (en los polos el plano de oscilación da una vuelta completa sobre sí mismo en una jornada. En París, debido a su latitud, da una fracción de vuelta cada veinticuatro horas). ¿Por qué pivota el péndulo dichoso? Foucault sostenía, al modo de la paradoja de Zenón en la que Aquiles las pasa moradas para adelantar a una tortuga que nunca alcanza, que el movimiento era totalmente aparente, ya que el plano estaba fijo y la tierra giraba. El problema, claro, es que el movimiento solo puede describirse respecto a una ausencia de movimiento: como el movimiento absoluto no existe, la Tierra debe girar en torno a algo que no gire. Foucault no advirtió que su mismo péndulo una vez lanzado posee un movimiento de oscilación que permanece fijo y bastaría con orientarlo hacia el astro objeto de la prueba de fijación-movimiento. Si el astro en cuestión no se moviese, permanecería para siempre dentro del plano de oscilación del péndulo; al contrario, si se moviese habría una lenta deriva respecto al plano de oscilación. ¿Casualidad o plena causalidad con la temática del libro de don Umberto? Intentemos responder a esto.

Los personajes que crea Eco en este libro, tan inmortales Jacopo Belbo y el autoproclamado judío porque sí, Diotallevi, como la Berthe Trepát de Cortázar o el Castorp de Mann, transitan entre la erudición burlona más desternillante y la venganza más cruel, la desmitificación más dogmática que pone de relieve la conversión del racionalismo en una religión más (una más, sí), e incluso la posibilística cuántica ridiculizando cualquier toma de postura ideológica.

Umberto Eco no escatima dimensiones tampoco en este libro. Él mismo se quejaba amargamente de los lectores que perviven a un «nivel primario de lectura», un eufemismo de analfabetismo exegético, aquellos centenares de millares de lectores incapaces de acceder a cierto nivel de ironía intertextual que le escriben iracundos preguntando por el libro desconocido de Aristóteles sobre el que gira *El nombre de la rosa*.

Imaginemos a un tipo que quiere informarse sobre los libros publicados que tratan

«el tema que cualquier loco, ineluctablemente, sacará en cualquier conversación: los templarios»

Y la respuesta del editor de Garamond, Jacopo Belbo.

Escuche esto, señor, lo tomo al azar de este autor novel:

«La prueba de que existió la expedición de la Orden del Temple a Escocia reside en que hoy, 650 años después, hay en el mundo órdenes secretas que dicen descender de la Milicia del Temple. ¿Cómo explicar de otra manera la continuidad de esa herencia?». ¿Se da usted cuenta? ¿Cómo es posible que no exista el marqués de Carabás, puesto que hasta el gato con botas decía servirle?

Sin embargo la ficción y la realidad se entremezclan en todos sus libros, como el movimiento aparente del péndulo y el movimiento real de la Tierra: el gato con botas, al final, acaba existiendo, porque todo lo que se imagina se proyecta en la realidad. Federico Barbarroja estaba muerto antes de que lo mataran y aun así siguió gobernando; el libro inexistente de Aristóteles acaba existiendo y los lectores del mundo entero lo piden en las bibliotecas, la conspiración judeomasónica no solo se hace tangible en *El péndulo de Foucault*, va un paso más allá y nos presenta al inmortal conde de Saint Germain poniendo a editores (y lectores) en su sitio. Es el poder de la literatura de Eco.

El péndulo es un libro que habla esencialmente del lector, del mal lector, más concretamente. Aunque esto no es ningún descubrimiento en la literatura de Eco, acostumbrado a ensayar la metanarración, el plagio y la ironía intertextual a lo largo de su obra; pero viene bien recordarlo: el impresionante despliegue imaginativo, las brutales imágenes auditivas y visuales que utiliza Eco, la exquisita personificación y el tratamiento de la atmósfera a través de objetos, situaciones y personajes perdidos en un diálogo a veces mareante (sobre todo en este libro), no deja de seleccionar lectores. Porque es lo que hacen los grandes escritores.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ



Narrativa y gramática on line
www.electrobardo.com



Waller de narrativa
El Electrobardo